

# ¿Final de ETA en falso?

ROGELIO ALONSO

Los mismos que toleraron una flagrante violación de los compromisos públicos del IRA se presentan ahora como ‘facilitadores’ del «proceso de resolución del conflicto vasco»:

Tony Blair, Bertie Ahern, Jonathan Powell y Gerry Adams

**E**n julio de 2005 el IRA ordenó «formalmente la finalización de su campaña armada». Más de una década separaba esta declaración y la de 1994 en la que anunció el «cese completo de operaciones militares» y que, al igual que el último comunicado de ETA, fue presentado entonces como el final de su campaña terrorista. Sin embargo, las esperanzas se frustraron en febrero de 1996, al romper el IRA una tregua que reinstauró en 1997. Desde entonces hasta la declaración de 2005 el IRA permaneció activo, realizando actividades terroristas e incumpliendo las promesas recogidas en sucesivos comunicados. Sirvan de ejemplo los cuatro asesinatos cometidos en 1999 y los tres perpetrados en 2000, además del robo en 2004 de una sucursal bancaria en Belfast, uno de los más cuantiosos en la historia del Reino Unido.

Durante ese período las expectativas que en la sociedad generó la posibilidad de un definitivo final del terrorismo fueron manipuladas y explotadas por los representantes políticos del IRA. Contaron asimismo con la aquiescencia de gobiernos democráticos como el británico y el irlandés, lo que permitió un peligroso fortalecimiento político y la legitimación de los responsables de una brutal campaña de violencia, retrasando además su desaparición. Las personas que toleraron tan flagrante violación de esos compromisos públicos del IRA fueron las mismas que ahora se presentan pomposamente como ‘facilitadores’ del «proceso de resolución del conflicto» en el País Vasco: los primeros ministros británico e irlandés, Tony Blair y Bertie Ahern, el jefe de gabinete del primero de ellos –Jonathan Powell– y Gerry Adams.

Los precedentes referidos y los esfuerzos de Lokarri y el entorno terrorista por facilitar la injerencia de semejantes personajes revelan su intención de facilitar un escenario en el que la apariencia de final de la violencia sustituya a la auténtica erradicación de toda coacción terrorista y a la disolución de ETA. En ese contexto, el reciente comunicado etarra puede contribuir a reforzar un pernicioso mecanismo de presión sobre Gobierno y sociedad como el que ya ha aplicado el movimiento terrorista integrado por ETA y sus representantes políticos: estos prometen la desaparición de la banda –que aún no se ha producido–, condicionándola al fortalecimiento de los ‘políticos’, garantizándose así la perpetuación de ETA al reportarles beneficios mientras, supuestamente, trabajan por su final. Pese a la negativa de Gobierno y oposición a reconocer precio político alguno a cambio del comunicado etarra, es evidente que éste ha ido precedido de la legalización de Bildu –que tal y como han constatado la policía y el Tribunal Supremo es parte de ETA–, el lavado de imagen de Batasuna a través del discurso de no pocos dirigentes políticos, y la legitimación e internacionalización del relato terrorista que la Conferencia de San Sebastián han supuesto.

La indulgencia con la que los primeros ministros de Gran Bretaña e Irlanda actuaron contra el IRA en esa etapa fue duramente criticada por la diplomacia estadounidense. Reveladoras fueron las críticas a la actitud de los británicos al asumir las exigencias de Adams cuando éste planteó que no se le debía imponer la desaparición del IRA. Powell defendió constantemente a Adams cuando éste aducía dificultades para cumplir con la legalidad, si bien los servicios de inteligencia y diversos diplomáticos sostuvieron que ésta era una de las argucias del dirigente terrorista para chantajear a británicos e irlandeses. La ingenuidad de Blair y su pusilánime actitud hacia Adams fue censurada por los participantes en el proceso, que llegaron a calificarla de «auténtica locura», pues el IRA y el Sinn Fein solo se movían cuando se les «estrangulaba».

En su afán por no dañar la exitosa imagen pública del proceso, se aceptaron graves concesiones frente al terrorismo. De ese modo se perpetuó al IRA incentivándose además la utilización de la violencia por parte de grupos escindidos que hoy aún se mantienen activos, realidad que pone en tela de juicio el papel de Blair, Ahern y Adams en Irlanda y el País Vasco. A pesar de la aparente firmeza del Gobierno británico, el IRA obtuvo la excarcelación de todos sus presos en 2000 sin que la banda hubiese ni siquiera iniciado un desarme que se le venía reclamando desde años atrás. Obtuvo semejante concesión incumpliendo una de las fundamentales «salvaguardas» introducidas por la legislación británica para articular el programa de excarcelación que contemplaba que no podrían

acogerse al mismo «aquellos internos que pertenezcan a organizaciones que no han declarado o que no están manteniendo un alto el fuego completo e inequívoco». Tampoco se respetó la exigencia que condicionaba la excarcelación a la «completa cooperación» de la organización terrorista con la comisión que debía hacer posible el desarme de los grupos terroristas y que se inició en 2001.

La continuidad de las actividades terroristas fue reconocida por el propio Ahern, que en enero de 2005, ante el Parlamento irlandés, admitió que había ignorado las actividades delictivas en las que el IRA seguía involucrándose. Un año antes su homólogo británico había afirmado que no debía tolerarse una situación en la que representantes de la voluntad popular se vieran obligados a compartir el Gobierno de Irlanda del Norte con un partido como el Sinn Fein asociado a un grupo terrorista como el IRA todavía activo. Sin embargo, él lo aceptó.

Como el referente del IRA confirma, su supervivencia facilitó una intolerable intimidación que algunos desean trasladar al País Vasco. A pesar de que el lehendakari ha repetido en el pasado que la mera presencia de ETA constituye una amenaza inaceptable, su exultante valoración del último comunicado sugiere que está subestimando sus anteriores palabras. Si así ocurriera, se corre el riesgo de cerrar en falso ese final de ETA que ahora se anuncia sin la disolución de una banda que todavía no ha renunciado a sus objetivos.



JOSE IBARROLA